

COTIDIANOS

Juan Boeta

Con la mirada entrecortada por la niebla que en la soledad rodea el paisaje, salgo a la calle cada día. Camino deprisa, en mis pensamientos, y comienzo a aprender la importancia del paso pausado. Elijo o surge ahora este ritmo como agua que, sin esperarla, brota del árido suelo. Acabo de terminar los exámenes que me lanzan a la vida profesional, una vez más sin un colectivo a mi lado donde fijar la vista. La estación de hartazgo en el vagón, donde nos bajamos muchos y sin embargo a nadie lleva por ahora a ningún lugar. Escribir pues, tratar de hacer de la paciencia un hito en mi carácter nervioso. Alimentarme de las casualidades para saber quien soy. O no.

Sorprendido recibo una llamada de Dani. En mente tiene un proyecto donde mi texto anime unas fotos. Raudo cojo el metro de largo recorrido que me lleva desde el centro de la ciudad al oasis del norte en forma de vida de barrio: me encanta La Prosperidad. La gente se conoce, las mismas tiendas cada día, almacenes de humanidad y ultramarinos, pollos asados que dejan de ser comida rápida al charlar con el pollero, trabajadores que llegan diariamente del trabajo con ganas de aprovechar las últimas horas del día escapando del tedio, siendo pueblo. En su ático mi amigo me recibe como siempre, con su familiar mastodonte Laga. Una perra armario cuya bondad no puede dejar de compararse a su tamaño, bondad animal, cariño, necesitar de ti. Tan simple.

Dani vive en una azotea, una isla en la que adondequiera que mires la ciudad te tranquiliza, te acompaña. Enormes edificios, en su mayoría viviendas, ocupadas con gentes. Rodeando este tremendo paisaje urbano, se deja observar el cielo de Madrid en su horizonte, la mayor invitación a la fantasía. Me resultan siempre cómodas las visitas a las casas de los que, como yo, viven solos. Siento un entendimiento sin palabras de lo que rodea nuestras vidas. Me gusta ver cómo los demás montan su hábitat a su propia medida, adaptando su entorno. Dani es mañoso, apañado. Tiene poco espacio pero no se abandona ni un minuto. Lleva muchos kilómetros en sus pies, en sus ojos. Trabaja en casa también cuando cierra el quiosco.

Enseguida tengo una caña en la mano, él también, mayor confianza. Charlamos sobre el reciente pasado y nos lanzamos a soñar en un cuaderno de fotos. Plantea la apología de la rutina y sorprendido me encuentro con él. Quedamos en que haré un texto introductorio para fijar por escrito la idea. En un principio tratábamos de acompañar los retratos que vais a encontrar en el libro con una pequeña entrevista sobre el tema que incorporara las opiniones de los retratados. Nos apoyamos en una poesía que me explicaba muchas cosas de una vez en ese momento:

*'para que pueda ser, he de ser otro
salir de mí, buscarme entre los otros
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia'*

Octavio Paz

Ambos estamos muy ocupados con nuestros trabajos. Nos damos tiempo. Con un par de cervezas más y unos instantes de silencio al abrigo de la noche en la ciudad nos despedimos. Estoy alegre mientras camino por el metro. ¿Seré capaz de escribir algo coherente? Pocas semanas después, tras el texto de invitación a los fotografiados, mi compañero me advierte sobre el carácter personal del trabajo que realizamos. Tomo el consejo como oro en paño. No sólo para este trabajo, comienzo a escucharme. Cambiamos el formato del trabajo y en la recta final los caminos practicados en el sendero del texto y algunos de sus collados reúnen a

distintas personas que participaron sin querer queriendo, trasladándose encima de un planeta que nos mueve a todos por igual con movimiento periódico. Las fotografías quieren ser retratos de personas en su vida rutinaria, donde ellos se encuentran con ellos mismos y con el entorno que a su vez aparece en las imágenes dando forma a su vida.

El robot con “cuore”

Recientemente he conocido la mecánica de nuestros procesos cognitivos y afectivos. El último paso antes de terminar mis estudios formales encontraron la dicha del buen maestro. Guillermo me enseñó de forma interactiva, cómo descubrir los libros que contestan a las preguntas que diariamente podemos formularnos. De una forma esquemática diré que me enseñó a investigar, estudiando mis inquietudes.

En los libros encontré un modelo descriptivo de nuestra inteligencia que me llenó de esperanza y comprensión. Parece ser que nuestro conocimiento y nuestros procesos afectivos tienen una capacidad limitada por nuestro marco de referencia. Dicho marco de referencia está construido en su mayor parte por la memoria –rom, en la máquina-, nuestras experiencias registradas que pasan a formar parte de nuestro grupo evocado, activo, presente –memoria ram en la máquina- a través de estímulos del medio ambiente que nos rodea. Así mismo, nosotros percibimos la compleja realidad mediante un filtrado basado en la memoria, de forma que la percepción es también un proceso individual, los estímulos no son los mismos para cada persona.

Cuando hablamos de la inteligencia humana comúnmente estamos haciendo referencia a la capacidad humana de solución de problemas. La memoria juega en este proceso un papel fundamental. Existen dos tipos de mecanismos asociados. Uno busca un camino más o menos pre-elaborado por nosotros o nuestro comportamiento tiempo atrás que dio por resultado una consecuencia de acción aceptable en una situación similar o muy parecida, la memoria entonces la almacena como un programa ejecutable al percibir similitud de condiciones en el problema. Otro tipo de problemas no encuentran una solución o no la valoran como aceptable a la situación actual. Entramos en un conflicto que dentro de nuestro sistema tiende a ser inestable, por lo que iniciamos el complejo proceso de elaborar un programa para encontrar la salida al conflicto. Muchas veces el mismo método de búsqueda queda registrado para posteriores problemas. Podríamos entonces clasificar nuestra respuesta a la interacción con el medio como rutinaria y no rutinaria, aclarando previamente que la mayoría de nuestras acciones diarias entran dentro de la primera aún cuando no nos demos cuenta de ello.

Las acciones rutinarias, objeto de atención en el presente trabajo, forman una parte muy importante de nuestra vida por ser la base de nuestra capacidad de desarrollarnos en el medio que vivimos y por formar nuestra personalidad, repertorio de respuestas estándar a la realidad.

Un símil interesante y cercano es la máquina que conquista la rutina. El ordenador animado por estructuras mecánicas es una máquina creada por el hombre para sustituir sus actividades rutinarias. El creciente aumento de la automatización de los procesos laborales y domésticos son una evidencia de la gran cantidad de actividad rutinaria que forma parte de nuestro comportamiento. El añadirle al robot un regulador computativo provisto de memoria ram y memoria rom, es sin duda un avance en el camino del progreso humano hacia el aumento de eficiencia, necesitando menos tiempo, aprovechable en la realización de actividades de ocio impensables hace apenas dos décadas. El que sea esto un logro humano queda en mi opinión muy lejos de resultar la solución a todos los problemas que de nuevo se plantean a resultas de esta era de la tecnología. El trabajo rutinario por otro lado es opuesto a la tarea investigadora y creativa, así está claramente diferenciado en los roles productivos de nuestra sociedad. Robotizando las labores que diariamente nos ocupaban hasta hace poco la mayor parte del día, permitimos al ser humano disponer de mayor tiempo libre. Veamos pues ahora, en este

momento si necesitamos de cualquier forma esa rutina o si por el contrario las máquinas nos permiten cambiar la estructura de nuestros días.

Al realizar este análisis descriptivo de nuestro comportamiento rutinario veremos más adelante con detenimiento como requerimos escapar de las actividades rutinarias que no nos definen como persona dentro de nuestro propio concepto, veremos como la fantasía forma también una parte imprescindible de nuestra percepción de la realidad, muy ligada a nuestros procesos afectivos.

El trabajo o la conquista de la realidad

Nací en una generación mimada por el duro trabajo de sus antecesores. Nuestros padres vivieron unos años en la posguerra tan miserables y austeros que se vieron obligados a trabajar de sol a sol para cambiar el color del amanecer de cada día. La mera perspectiva de ellos mismos y su alrededor cambiando progresivamente hacia formar una familia o comprar una vivienda digna o, en definitiva, hacia el camino tradicionalmente marcado era la base de su satisfacción. Nunca podremos agradecerles suficientemente lo que han hecho por nuestro país, por nosotros.

La corriente social tan densa en esta nuestra cultura española, marcó el sendero de los jóvenes coetáneos, todos marchamos a la universidad. El panorama actual del mercado laboral es una triste estampa del resultado de la carencia de manos artesanas. Abogados con sueldos incapaces de mantener la vida en la ciudad o economistas, en su misma situación, cogiendo los teléfonos cubren un largo abanico de puestos surrealistas. Las máquinas, en cierta forma también, han colaborado a almacenar demasía de intelectos en las empresas, dando lugar a la redistribución de las labores e incluso de la especialidad académica. La salida ya marcada en el país más largo tiempo próspero de nuestra cultura, EE.UU., ha sido desde hace tiempo la especialización. Al dedicarnos a una actividad en exclusiva la productividad aumenta su eficiencia por eliminar el tiempo requerido en adaptarnos a cada tarea, eliminar su requerida formación y por reducir así mismo la coordinación requerida para pasar de una a otra rama del árbol del conocimiento. El problema es la incultura que -al mismo tiempo que nos permite una mayor educación social- provoca reducir al hombre, con su mecanismo multifuncional, a un objeto unifuncional: el óxido de su proceso mental asociado es palpable en algunas manifestaciones culturales norteamericanas. Que me disculpen los norteamericanos admirados por mí en otras muchas facetas. Sin duda hemos progresado y de la mano de ese progreso tenemos al alcance una más amplia educación. El acceso a la información es más elevado hoy en día. Este progreso se enfrenta a la religión que olvidamos y a la vez, en culturas donde existe fundamentalismo de cualquier tipo ocurre generalmente que el campo cubierto por esa educación está más parcializado. No diré que somos más incultos que hace unos años, la nueva violencia radica precisamente en la pobre educación o en la estrechez de miras.

Fruto de esta bonanza económica otorgada, hemos llegado a nuestros primeros años laborales con una acusada blandura muy apta para ser moldeada.

Sin embargo lo que significa el trabajo para el hombre no ha cambiado. Su importancia no ha decaído. Seguimos pasando las mismas horas en nuestros puestos y allí nos desarrollamos. Para el hombre el trabajo es una conquista de la realidad. A través de la actividad somos capaces de cambiar el mundo, adaptarlo a nuestras necesidades mientras reflejamos en la acción nuestro ser, nuestra persona, historia, vivencias. La imperante necesidad del ser humano de saber quien es, de explicarse su existencia, tiene un franco amigo en el trabajo.

Existe la confusión de creer que el trabajo es una meta para lograr el bienestar, a través de la bonanza económica. Consideramos, con muy poco respeto hacia nosotros mismos, que vamos cada mañana a trabajar por el mero hecho de ser pagados con un sueldo a fin de mes y que si

en algún momento no lo necesitaríamos, no haríamos nada productivo a lo largo del día. Pues bien, cualquier actividad que nos “guste” es por sí misma dura de realizar y exige un esfuerzo, en sí mismo disfrutamos de esa actividad al trabajarla. Vivimos en la creencia de que la gente basa su comportamiento en la consecución del dinero, olvidando que algunas personalidades tienen la imposición de ganar dinero-si de ello se trata- mujeres, coches, etc. Es más, creemos que la satisfacción del ser humano reside en lograr su bienestar. Reniego con Chardin completamente de estas ideas. El ser humano basa su satisfacción primeramente en la superación. Sólo tenemos que echar un vistazo a la historia y preguntarnos porqué culturas tan impresionantes como la griega, romana o egipcia se fueron a por tabaco y no volvieron. Porqué nos hemos matado tanto, en tantas guerras. Lo imprescindible de la lucha en nosotros se observa en los primeros diez segundos de cada telediario.

Por otro lado, es importante remarcar que el hombre es un animal social y que necesitamos de los demás para sobrevivir. Así de simple. A través del trabajo conseguimos relacionarnos con las personas, creamos un entorno social donde somos a través de los demás. Ante la bonanza económica de base, es hoy en día fundamental la relación social en el trabajo. La mayor parte de los problemas laborales, los cuales afectan también a los extraprofesionales, son factores de las disfunciones que puede acarrear una incorrecta adaptación psicosocial en el trabajo. ¿Somos más débiles ahora? No, yo diría que nuestras necesidades van hacia otros derroteros y en ese camino observo como valores como la seguridad laboral, la ecología, la cordialidad o la formación tecnológica son ahora tremendamente valorados y puede que en breve sustituyan a los anteriormente asimilados de productividad o coraje ante los nuevos tiempos que vivimos. Hoy ya quedan reservados casi en exclusiva para quien quiera partirse la espalda por necesidad o por haber crecido en otro entorno, pienso mientras cojo el metro de las seis de la mañana y sólo me acompaño de centroamericanos. Quizás un país pueda realmente crecer exponencialmente en lo económico cuando a la cultura del cambio obrero – proletariado de corbata le acompaña un fresco aire foráneo inmigrante con su contraste de ideas.

Me pregunto entonces qué parte del trabajo y en especial de la tan frecuentemente comentada “odiada rutina” es la que nos castiga. El trabajo puede desarrollarnos activamente pero así mismo puede anularnos por completo cuando hace al ser humano estar supeditado a un trato vejatorio, al dinero, a una máquina y más comúnmente cuando la actividad diaria no depende de nosotros sino que nos viene impuesta por otras personas. Sólo aceptamos la rutina creada por nosotros y de la que nos imponen requerimos primeramente una compensación suficiente y un escape regularizado.

La escapada

No hace mucho visité, como acostumbraba, la tienda que cerca de mi casa regenta una familia de ciudadanos chinos. Era cliente habitual y adquirí con ellos una mínima confianza. Un día de verano le pregunté al padre de familia si no pensaba tomar vacaciones y salir un poco del mundo en el que siempre anda metido trabajando afanosamente. Su respuesta me sorprendió. Contestó sencillamente que no entendía de qué iba a salir y porqué lo necesitaba. Me explicó que su vida se encontraba allí y que no contaba con escapar de ella porque le agradaba. Quedé perplejo y me hizo preguntarme a mí, aún con la enorme distancia que considero existe entre nosotros y el mundo asiático, de qué escapaba con mis vacaciones, a donde iba toda la gente alocada, precipitada fuera de la ciudad con la mínima oportunidad.

Según Rilke, la infancia es la patria del hombre. Somos niños aún cuando mientras crecemos nos maleduquen tapando esa eterna juventud chiflada que poseen los enanos. A los niños lo que les interesa son sus ilusiones. Son fruto de su creación y aún no miden bien ni sus límites ni los de su entorno. Al no poder cumplir esas ilusiones lloran desconsolados, incomprensidos. El

niño que llevamos dentro siempre sigue buscando sus ilusiones. Sin embargo, el niño debe crecer para sobrevivir en el duro entorno que supone la vida. Según maduramos surge la rutina en nuestras actividades para reconocernos, saber quienes somos y desde allí situarnos frente a la vida. Conjugar las dos caras hombre-niño parece entonces fundamental. Aparte del descanso que requiere la actividad laboral, las vacaciones son demandas a nuestro tiempo y estalla en nosotros la fantasía que las obligaciones diarias nos tapan. La playa y la montaña son patios de recreo. Buscamos con ellas nuevos estímulos para poder dar nuevas respuestas. Aunque al niño no le enseñan a disfrutar la vuelta a clase tras el descanso, sería delicioso conjugar el recreo con la clase, las vacaciones en el puesto de trabajo, la actividad en nuestro tiempo libre. Hoy en día el turismo es masivo. No hay grupo de amigos que no debata el destino exótico al que dirijan los pasos. Es frecuente escuchar los relatos y hojear el álbum de fotos de conocidos en lugares como Vietnam, Brasil, etc. Las distancias han quedado pequeñas en nuestro planeta cuando de trasladarnos temporalmente a otro lugar se trata. Sobre ello se apoya la creación de los no lugares. Para poder encontrarnos cómodos en los muy diversos lugares por los que nos movemos o para poder reunir a gente con una historia tan diferente, se crean espacios que fácilmente podamos reconocer como propios. Al observar los supermercados, aeropuertos, hoteles, centros de exposiciones, y otros lugares de este tipo, encontramos una similitud en cada parte del globo. Las actividades de ocio también son tamizadas a un estilo que todos podamos identificar. El televisor alcanza cualquier punto, tapando nuestro movimiento con imágenes estudiadas para mantenernos conectados, impidiendo nuestra interacción más que para concursar. La modernidad avanza haciendo más cómodo el planeta, a la vez que cepilla con maquinaria pesada las diferencias de los pueblos. En mis sobrinos observo la absoluta dependencia que genera en ellos la pantalla del televisor. Está creada para alimentar la niñez de niñez.

La fantasía se inyecta en nosotros con los viajes. Lo hace de otras muchas formas. Ignoro el sentimiento en mis carnes pero lo debe bombardear el convertirse en padre o madre. El que sí conozco es el mundo de las drogas y su realidad virtual. Al drogarnos nuestra realidad cambia con distinta intensidad en función del carácter de cada uno, del momento psicológico en el que se encuentre y por supuesto del tipo-cantidad de estupefaciente. El auge de las drogas, sin mencionar el alcohol, en los dos últimos siglos se debe sin duda a la conquista de la realidad de forma más cómoda, adaptándola a nuestras ilusiones. El desarrollo lo lleva implícito, apostamos por ello. El problema de las drogas es el aislamiento que produce el crear una realidad incompatible y ,en mi opinión, el desequilibrio que ocasiona el cambio brusco de universo en dependencia de una dosis de ínfima y fundamental sustancia. Apuesto por la actividad como remedio, por la creación de nuestra realidad con las manos, sin que por ello esté diciendo que no me interese de vez en cuando tomar un avión con un amigo en una simple calada.

Como síntesis de la fantasía que requiere nuestro espíritu, observo cada día como es utilizado por el marketing: su idioma. A nosotros que tenemos a nuestra disposición cinco sabrosas marcas de helado, al mismo precio, no nos hablan del helado sino de una mujer que nos puede volver locos con sólo pensar en hablarla. Una mujer que por supuesto no existe en nuestra rutina. Lo aceptamos porque lo queremos. Buscamos los sueños de día y de noche.

La familia

Nuestro entorno familiar representa la relación más rutinaria con personas que vivimos. Son las personas que más frecuentemente visitamos, lo llevamos haciendo cada día desde que nacimos. Aparte de las implicaciones psicológicas que desprenden las vivencias que de niños nos marcamos, me pregunto ahora en este texto la necesidad de las relaciones cotidianas con ellos.

Volviendo a la primera parte del texto debemos observar que nosotros tenemos la necesidad de saber quienes somos a través de los demás. Somos animales con necesidades afectivas que son entregadas por la fidelidad de permanecer al lado de otras personas, toda una vida. Con un gradiente muy diverso en cada grupo familiar, podemos decir que la mayoría de nosotros nos reconocemos en el lugar que ocupamos dentro de nuestra familia. Son todas raras y especiales, muchas son agresivas para con los miembros, algunas mantienen una tensión terrible derivada de ocultar convencionales choques.

En España el núcleo familiar representa el centro neurálgico de las relaciones sociales. Tanto es así que algunas empresas multinacionales dirigen los pasos de los jóvenes empleados españoles con visos prometedores en el rendimiento de su organización, hacia destinos alejados de ese núcleo afectivo. Véase la gran afluencia de españoles e italianos trabajando en Londres. De esa forma separan las influencias que se oponen dentro de la familia a ser un miembro activo de un núcleo diferente como es la organización, con necesidades diferentes.

Muchos jóvenes de mi generación tenemos miedo a formar una familia. Ello en nuestras mentes se dibuja como un nuevo proyecto donde cambian las actividades diarias hacia unas obligaciones aún no asimiladas. Me refiero al impacto que en nosotros causa el cambio. Cada vez que al animal rutinario que somos se le cambia la programación de las actividades que realiza diariamente, sentimos un malestar derivado de la falta de adaptación. El proceso mental de asimilar un entorno diferente creemos que es sencillo pero no es así, pasamos un periodo de ajuste interior que puede ser más o menos violento pero que nunca resulta sencillo. Si la rutina dijimos forma en gran medida nuestra identidad, tenemos miedo a perderla con el cambio, a no ser capaz de conjugar miedo y amor pues naturalmente estos dos conceptos se enfrentan. Los niños y la dependencia que de nosotros tienen aterran a más de uno. El miedo que genera el desbarajuste del cambio es utilizado por políticos y medios para luchar por sus intereses, siempre ha sido utilizado por los poderes. Véase como se explota el miedo a la nueva inmigración masiva; a la ruptura del modelo de estado por "nuevas" reivindicaciones, con mayor historia que el estado español tal y como lo conocemos; la amenaza de países islámicos, etc. Debemos, desde mi punto de vista, no creer que el miedo es algo impropio a nosotros o a nuestro carácter. Debemos dejarlo fluir, sin cerramientos violentos. Cuando por la carretera vuelvo del trabajo cada tarde, desgraciadamente casi de forma diaria observo un accidente de coche. El atasco que se genera no es normalmente derivado de la obstaculización causada por los coches accidentados, se deriva del paso lento de los coches que por la carretera circulamos y nos detenemos a ver la brutal imagen. Nos atrae incluso nuestra propia destrucción. El miedo forma parte de nosotros. ¿Habéis sentido alguna vez la atracción de lanzaros al vacío en el metro, en un puente, en un precipicio? ¡Toma del frasco, Carrasco!

Es muy curioso como asimilamos actuaciones de nuestros familiares para responder en el proceso de solución de problemas que se nos plantea. A mí me ocurre, y soy consciente de ello entonces, cuando debo elegir algo que nunca antes lo había hecho o no tengo un criterio suficientemente entero. Por ejemplo, el vino. Mis padres dictaban hasta hace muy poco los vinos sabrosos. La literatura comenzó siendo analizada por las estanterías de libros que tiene mi padre. La importancia del deporte llegó por tantos fines de semana viendo a mi madre jugar al tenis. La política de los recuerdos de mi abuela. Pasado un tiempo donde uno tiene su propia vivencia asimilamos lo propio y nuestro criterio. Aún así creo que esta asimilación en nuestros familiares nunca deja de producirse, lo marca el sempiterno contacto que nos dice quienes somos.

He comparado las relaciones familiares con la más rutinaria de las relaciones. En el siguiente paso me gustaría continuar con la pareja, primer proyecto creativo de familia propia.

La extraña pareja

A medida que voy caminando por las diferentes relaciones que he vivido, observo la reserva que muchas personas tienen en su vida por afianzar una relación de pareja. Las medidas de protección tomadas por bastantes personas en edad de merecer; las fugas de una relación y de la interacción con ella debida al miedo a perder la fantasía. Nos encantan las historias de las noches fugaces en las que conquistamos o somos conquistados sin haber perdido nuestra plaza de armas, sin cambiar nada.

Recientemente valoro la cotidianidad en las relaciones. Efectivamente, en la mente de un niño la rutina pierde el carácter de fantasía -por ello muchos rechazan el colegio- mas es un valor a tener en cuenta el que la edad adulta comienza cuando podemos hacer de la realidad diaria nuestro lugar de recreo. De una vez por todas entender que niños no vamos nunca a dejar de ser y que nuestra pareja tampoco. En la realidad que mamamos por nuestros padres y madres es un absurdo testimonio el que estoy dando pero me gustaría recordar lo que alguna vez escuché: en la Europa de los europeos, una de cada tres casas es habitada por una sola persona.

El hombre es un ser social. La soledad avanza implacablemente por el continente absorbiendo la naturaleza entonces un flujo natural de personas con ganas de vivir. Quizás esa sea la clave del equilibrio migratorio.

En la explicación que muchos nos montamos en la cabeza para abaratar el coste de las sábanas frías, se encuentra el eterno soniquete de no haber aún encontrado a la mujer de nuestras vidas. Creo más bien en el tesón y esfuerzo que cada uno pone en los días a días y no en las casualidades que ya vienen de por sí dadas. Picasso dijo una vez: " Yo no busco, encuentro". Amo su fortaleza igual que la de aquellos inconformistas que entienden el premio que otorga el luchar por convertir la realidad que nos ha tocado vivir, puesto que tampoco elegimos tanto, en nuestros deseos, nuestros sueños. Todo sin extremismos, por favor, hay relaciones en las que me encantaría ser la botella de cava que bota el gran buque de la navegación personal.

La rutina en la pareja es un camino y una promesa de amor duradero. Al cruzar las cotidianidades de ambos miembros, la pareja pone las cartas encima de la mesa. Si aceptamos que la personalidad de nuestra pareja con sus glorias y miserias forman parte de nuestra vida estaremos entonces sembrando el campo a una vida compartida. Hablo desde el desconocimiento pero con el corazón lleno de esperanza. Al otro lado me encuentro con la soledad, valiente bandera del invierno seco donde la manía personal puede acabar por borrar del mapa cualquier atisbo de cordura. El amor no compartido es personal y no define la pareja. La cotidianidad en la pareja es el contrapunto a la fantasía de amor, quizás al romanticismo. Sin demagogias.

Invito en cualquier caso a utilizar la ociosidad con la pareja en nuestra utilidad. Seguir creando como cuando pintábamos monigotes, hacer plastilina sin formas claras pero seguro bonitas y significativas o hacer redacciones de lo que nosotros queramos como estoy yo haciendo con vuestro permiso y paciencia.

Conclusión

El cuerpo exige esfuerzo continuo, la acción de nuestros músculos, para andar erguido. Al cabo del tiempo, en un intervalo incómodo, forzado, chocante, esos tensores se fortalecen y convierten la acción en refleja, no es ya analizada por nuestro intelecto de forma consciente. Buscamos otra zanahoria a la que amarrarnos y salvar el vacío. A través de nuestras motivaciones caminamos, observando el paisaje. De la mano de nuestras rutinas no definimos, levantándonos del suelo.

Cuando era pequeño al sentirme aburrido iba a mi madre a contárselo. Buscaba una solución al sopor. Con toda la tranquilidad del mundo mi madre me contestaba que ella nunca se había aburrido en la vida. No daba crédito. Hoy la entiendo, desde siempre busca cualquier actividad para realizar. Indaga en la superación de sus actividades. La moraleja llega con mucha demora pero llega. Incluso con el pensamiento interior puede uno escapar del tedio.

Hace casi un año que nos sentamos a poner las bases sobre lo que sería este cuaderno. Hemos hablado mucho y con muchos. Sentados frente a frente hemos descubierto a escapistas profesionales de la rutina y a defensores de su identidad a través de lo cotidiano. Hemos compartido el tedio del "día a día" así como el miedo al cambio. Hemos presentado muchas e importantes preguntas y recibido muy diferentes respuestas, desde racionales explicaciones sobre el comportamiento humano hasta emotivos episodios de vidas privadas.

Una vez más hemos de bajar la cabeza o subirla para afirmar que no hay verdades absolutas ni respuestas definitivas que podamos demostrar con la razón. Somos razón, pero sobre todo somos corazón, y vamos de la mano de éste.

Quizá es por eso que cada foto es distinta, cada persona eligió un lugar, una hora y un chaqueta diferentes. Porque en lo cotidiano y en la forma de enfrentarnos a ello encontramos de algún modo nuestra identidad.

A todos los que os habéis atrevido, más o menos "voluntariamente", a poner os delante de la cámara, a invitarnos a vuestros espacios privados, a los que nos habéis hablado de vuestros cotidianos más íntimos, GRACIAS.

Madrid, 1 de marzo de 2005